

Que centuplican los espejos bellos,
 Cual lagos en sus linfas transparentes
 Del vivo sol los nítidos destellos.
 Frescas flores en vasos de alabastro
 Esparcen sin cesar dulce fragancia,
 En plácido jardín de primavera
 Convirtiendo á la vez la regia estancia.

Allí al compas de músicas alegres,
 Sobre alfombras de tintas relucientes
 Giran veloces bellas y galanes,
 Bebiéndose sus hálitos ardientes,
 Cambiándose sus ojos inflamados
 Dardos que el corazón traspasan presto;
 Dulcemente sus pechos estrechados
 Se comunican íntimos deleites;
 Y en medio del bullicio de las danzas
 Lucen las bellas sus gentiles talles,
 Lucen su agilidad en mil mudanzas
 Con esbelto ademan y faz hermosa;
 Vuelan entónces las ligeras gasas,
 Vuelan también los rasos y las blondas,
 Ante la ansiosa vista descubriendo,
 Ya una espalda purísima de nieve,
 Ya el seno seductor ó ya el pié leve.

La grata confusión cesa de pronto,
 Cesa el desórden bello que cautiva,

Dando treguas al baile y sus encantos
 Para que luego con ardor reviva.

En tropel delicioso parten luego
 Las parejas gallardas y amorosas,
 Cual parvadas de tímidas palomas
 Que ahuyenta el grito de voraz milano;
 Y se impregna la atmósfera de aromas
 Con sus labios mas frescos que claveles;
 Y la estancia se alumbra á los destellos
 Que esparcen á la vez sus ojos bellos.

¡Mirad entre ellas á la amada mia
 Cual la luna entre el coro de luceros
 Radiante de esplendor y de alegría,
 Y hermosa cual la Virgen Sacrosanta!
 ¡Vedla cruzar en las gentiles danzas
 Cual linda sílfid por el éter vano;
 Parece que no toca el pavimento,
 Parece que su blando movimiento
 Pertenece á los ángeles del cielo!
 ¡Y cuán aéreas son sus actitudes!
 ¡Cuán hermosos sus giros y sus lazos
 Que nos revelan toda su hermosura,
 Cuando hace alarde de sin par soltura
 Al huir ó acercarse revolando,
 Cual ágil colibrí por entre flores,
 Encantos y deleites derramando!

Es el blanco de todas las miradas,
 La envidia de las damas elegantes,
 El ídolo de todas las ofrendas,
 La esperanza de férvidos amantes
 Que van tras de ella en turba lisonjera
 Por gozar de sus gracias peregrinas,
 Cual bandadas de alegres golondrinas
 En pos de la florida primavera.

Pero entre tanto ¡ingrata! tú me olvidas,
 Cruel olvidas á tu fiel amante,
 Que como nadie te amaré, te ha amado;
 Que no puede olvidarte un solo instante,
 Ni de tu vista hermosa estar privado
 Porque ella es de su vida el alimento,
 Y es imposible que sin tí existiera
 Como el pez sin el líquido elemento,
 Como el ciervo sin bosques intrincados,
 Como las aves sin el manso viento.

Lleno de amor, los miembros fatigados
 Arrastro con trabajo hasta las puertas
 De la mansion dó luces tu hermosura,
 Donde disfrutas celestial ventura.
 La férrea mano del destino impío
 Me arroja á tí con indomable fuerza,

Robándome por siempre mi albedrío,
 Abatiendo á tus piés mi orgullo de hombre,
 Y haciéndome tu esclavo voluntario
 Que acoge tu desprecio y tus desdenes
 Como si fuesen abundantes bienes.

¡Méndigo soy de amor desfallecido
 Que de tí implora con la voz doliente
 Siquiera una benévola sonrisa,
 Una palabra de piedad ferviente,
 Siquiera una mirada de consuelo
 De entre esas mil que á los demas prodigas,
 Para que alivie mi terrible duelo!

De mí retiras con afan la vista,
 Destruyendo mis pobres esperanzas,
 Y mi acento se pierde confundido
 Entre el rumor festivo de las danzas,
 Entre mil juramentos amorosos,
 Entre el clamor de brándis numerosos;
 Como se pierden entre sordos ruidos
 De bosques y cascadas y torrentes
 De la tórtola viuda los gemidos.

Yo que tenia zelos de la brisa
 Si halagaba tu rubia cabellera;

De la luz que besaba tu semblante
 Realzando tus gracias de querube;
 De la flor que en tu seno palpitante
 Ostentaba sus vívidos colores;
 ¡Cuánto no sufriré ¡mi amor! al verte
 En brazos de mil necios amadores
 Que respiran tu aliento perfumado,
 Que tu cintura delicada ciñen,
 Y que escuchan ansiosos tus palabras,
 Dulces como el gorgo de las aves,
 Como el rumor de céfiros suaves?

¡Qué horrible es mi dolor en este instante!
 ¡Qué lenta y tormentosa es mi agonía!
 ¡Ver un Eden ante la vista ansiosa,
 Y reluchar contra la mar bravía,
 Y sentir agotarse nuestras fuerzas,
 Y no alcanzar la playa encantadora
 Dó está la dicha que mi pecho adora!

¡Cuán ménos sufre la inocente oveja
 A quien arranca su querido hijuelo,
 Rapaz condor de formidable garra
 Remontando despues el alto vuelo;
 Y se queja con téttricos balidos,
 Y salta por el campo con violencia,
 Y volar quiere á la region del viento
 Y conoce su mísera impotencia!

¡Contemplarte elevada á corta altura
 Y poseer de un águila el esfuerzo
 Para volar al fin del universo,
 Y estrañar con ardor las raudas alas,
 Que en vano busco con empeño asiduo
 Para alcanzar tus hechiceras galas!

¡Infinita ansiedad! ¡Mortal suplicio!
 Que corroe mi vida aborrecible,
 Como gangrena el cuerpo del leproso,
 Sin causarme la muerte apetecible,
 En mi alma produciendo la demencia
 Que á menudo me ataca con violencia!

¡Cuál manada de tigres carniceros
 Que ceban su apetito en los corderos
 Así son mis zelosos pensamientos
 Que nacen en la mente acalorada,
 Y sacian en mi pecho sus furoros
 Sin darme treguas á ninguna hora,
 Porque sufra el dolor de los dolores!

.....

¡Cesa de oír los sandios juramentos
 De esos que te rodean, seres viles,
 Que carecen de alma y de pasiones
 Cual del campo los míseros reptiles;

Y jamás abrigaron ilusiones
 Sus cerebros raquíuticos é insanos
 Que aman únicamente la materia,
 Encerrando en el pecho vil miseria!

¿Por qué para ellos tienes mil sonrisas
 Y otras muestras intensas de cariño
 Que no merecen sus menguados pechos,
 Incapaces de amar con entusiasmo;
 Y para mí que tengo mas derechos
 Habiéndote mi vida enagenado,
 Ni una leve espresion de simpatía
 Que mitigue mi bárbara agonía ?

Si amor no guardas á tu fiel amante,
 Al ménos ten piedad de sus tormentos,
 Piedad que ni á los brutos se rehusa
 Si se les ve sufrir ciertos momentos;
 Escucha mis humildes peticiones
 Por el doliente corazon dictadas:
 Huye dé esos espléndidos salones
 Dó se respiran miasmas venenosos,
 Huye de entre esos amadores falsos
 Que á tu virtud conspiran ambiciosos.

¿No conoceis, vosótras las mugeres,
 Que os marchitais en brazos de los hombres,

Como marchita el tacto bellas flores
 Robándolas su esencia y sus colores ?

Yo que con ansia espiritual te adoro,
 Quisiera siempre contemplarte pura,
 Cual se contempla en el crisol el oro:
 Si no para estrecharte como á esposa
 Para adorarte al ménos como á diosa.

¡Nada en la tierra aliviará mi suerte
 Que su furor redobla á cada instante;
 Ni de lindas y púdicas doncellas
 La fiel caricia ó el amor constante;
 Ni el afecto sincero del amigo
 Que nos brinda solícito su amparo;
 Ni el oro codiciado de los hombres
 Con que se compran miles de placeres
 Y nos eleva sobre tantos seres;
 Ni de la ardiente gloria los renombres
 Escritos en la frente con laureles;
 Ni la ambicion de honores satisfecha
 Que adula nuestro orgullo miserable:
 Mas huirá mi martirio, de repente,
 Si pasas tu alba mano por mi frente!

Sin tí nada me importa el vasto mundo
 Con sus honores, pompas y delicias;

Solo hallo en él un calabozo inmundo
 Que ahoga los latidos de mi pecho;
 Un páramo espinoso y solitario
 Que el abismo intercepta á cada trecho;
 Pero ámame y al punto se convierte
 En un Eden de encantos infinitos:
 Con su sol de colores refulgentes,
 Con sus rosas de aromas seductores,
 Con sus dormidas, cristalinas fuentes,
 Con sus nubes de diáfanos colores,
 Con sus brisas sutiles y sonoras
 Y sus aves pintadas y canoras.

¡Una gota brillante de tus ojos
 Y apagará el incendio de mis zelos;
 Y animará los pálidos despojos
 De la marchita flor de mi existencia,
 Que su corola elevará con brio,
 Sobre su tallo débil y encorvado,
 Al recibir tan celestial rocío. . . .!

¡Verte tan cerca de mis tristes ojos
 De encantos rica y gracias virginales,
 Como la mar de perlas y corales;
 Y sin cesar, momento por momento,
 Aguardar la delicia ambicionada
 De nuestra íntima union apasionada;

Y la tremenda eternidad, acaso,
 Con crueldad infinita nos divide. . . .!
 ¡Horrible pensamiento que mi frente
 Hierde como el rayo que en las nubes
 Súbito estalla en esplosion ardiente!
 ¡Pensamiento que arranca al labio yerto
 Horrenda imprecacion con voz potente. . . .!

Y veré dirigirse tu pié breve
 Al recinto del templo sacrosanto;
 Y entre las nubes del incienso leve,
 Entre el clamor del órgano sonoro,
 Te entregarán las leyes mundanales
 Tal vez á un hombre indiferente y frio,
 Que entónces toma el título funesto
 De esposo tuyo y de verdugo mio!
 ¡Verdugo, sí, de mi ilusion ardiente,
 Verdugo de mi plácida esperanza,
 Verdugo de la dicha de mi mente,
 Verdugo de mis tiernas sensaciones,
 Verdugo, en fin, de mi deseo ferviente!

Y entónces él, con atrevida mano,
 Descenirá tus púdicos cendales,
 Manchando tus encantos virginales